

donos de las maquinaciones del infierno que se propone perdernos eternamente, trabajaremos con ánimo decidido por conquistar el cielo, lugar de descanso, de luz, y de paz y dicha sempiternas que nada, ni nadie podrá arrebatarnos para vivir con María delante del trono de Dios eternamente.

¡Oh! Madre amorosísima, hoy que recordamos el día de vuestro triunfo, partiendo rodeada de millares de ángeles de esta tierra erizada de espinas para subir al cielo á uniros para siempre con vuestro Hijo y vuestro Dios, no apartéis vuestra mirada maternal de esta tierra desolada. Volved á nosotros vuestros ojos misericordiosos, para alentarnos en el valle de las lágrimas, pues todavía permanecemos desterrados en él; y bien sabéis cuan necesario es que nos unamos con vuestro Hijo Santísimo, no solo en caridad perfecta, sino tambien en el cielo, donde se le ama sin temor de ofenderle jamás. Ayudadnos con vuestro patrocinio á subir hasta el monte santo desde donde nos contempláis, y que con Vos cantemos en su altura las alabanzas al que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA TREINTA Y UNO.

(ÚLTIMO DE LA NOVENA.)

La Coronacion de María Santísima confirma á los cristianos en el propósito de ser sus verdaderos devotos, y les dá los medios para perseverar hasta el fin.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.
Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Hemos estudiado, gracias sean dadas á Dios, A. H. M., en el mes que concluye hoy, dedicado especialmente al culto de la Virgen Santísima Madre nuestra, algo de lo mucho que debemos saber y practicar para conseguir la salvacion eterna, única cosa necesaria al hombre. Os decia al comenzar estos piadosos ejercicios, que nuestro intento en ellos habia de ser enmendar la vida, adelantar en el camino de la virtud y alcanzar la felicidad eterna. Grandemente nos ha facilitado nuestra empresa la consideracion altísima de María, objeto preferente de nuestros cultos en este mes; porque á esta Señora la hemos visto presidir nuestras meditaciones, ya considerándola como refugio de los pecadores, ya como modelo perfecto del verdadero cristiano, ya en fin contemplando á la humanidad glorificada en Ella por Dios.

¿Quién, despues de las estensas pero agradables consideraciones que hemos hecho, sabrá calcular el fruto que

hayan producido en las almas? Este es un secreto que Dios se ha reservado, porque no es dado al hombre comprender los misterios inefables de la gracia con que se comunica á los hombres, ni la correspondencia del corazón humano á ese divino auxilio. Podemos decir, sin embargo, que la devoción á la Virgen bendita de los cielos se habrá acrecentado en vuestros piadosos corazones al meditar en la protección, en las virtudes y en los misterios sacrosantos de María, riquísimo manantial de pensamientos santos, de afectos purísimos y de esperanzas consoladoras que brotando de lo más alto de los cielos, del trono esplendoroso de Dios, se derraman en innumerables arroyos de verdad, de virtud y de dicha para fecundizar nuestros corazones.

Así lo creo, H. M.; y por si algo faltase á las dulzuras inefables que hemos experimentado en todo este mes sagrado, merced á la fecundidad que entraña la sola idea de María, fuerza es que continuando el pensamiento de que ayer me ocupaba, admirándola en su Asunción á los cielos, nos detengamos hoy un momento á contemplarla en aquella morada de la verdadera dicha, de la suprema felicidad, ciertos de que esta contemplación no ha de ser estéril para nosotros; antes bien muy fecunda en bienes espirituales, y de grande gloria para María; porque entonces nos convenceremos una vez más de que el Señor, poderoso y admirable en sus santos, y cuyo nombre es santísimo, ha desplegado con su Madre bendita, Reina de todos ellos, las magnificencias de su poder y de su divino amor: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Comprendo, A. M., que os invito á un espectáculo tan sublime que hablando de él el Apóstol «que fué arrebatado hasta el cielo,» nos dice que «oyó allí palabras secretas que al hombre no le es lícito hablar.» Y en otro lugar nos asegura: «Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en el corazón del hombre penetró lo que preparó Dios para aquellos que le

aman,» lo que Dios tiene dispuesto de toda eternidad para la gloria de sus escogidos. ¡Ah! son demasiado débiles nuestros ojos para soportar el resplandor vivísimo de tantos soles como rodean al trono de María en la Jerusalem viviente de los cielos. Esto no obstante, con el auxilio poderoso de la fe, podremos contemplar «aquella grande señal,» aquel portentoso extraordinario que el Apóstol de Patmos contempló en maravilloso éxtasis: «Una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.» Vereis á la Santísima Virgen María nuestra gloriosa Madre, toda resplandeciente de majestad, elevada sobre un trono proporcionado á su dignidad soberana de Madre de Dios, coronada de los astros del cielo, revestida toda de los resplandores bellísimos del sol, y rodeada de las grandezas del reino de Dios. Para ello desprendeos de las ideas terrenas por un momento, y pensad que las cosas del cielo no pueden, ni deben mirarse con los mismos ojos de las cosas de la tierra; ni que tampoco se puede pensar, ni mucho menos hablar de la Madre de Dios, como podemos hacerlo de las demás criaturas.

Esta grandiosa y celestial contemplación, produciendo en nuestras almas pensamientos elevados acerca del destino incomparable de María nuestra Madre, de su gloria extraordinaria en los cielos, acrecentará nuestra piedad, excitará el fervor de nuestra devoción; y siendo verdaderamente piadosos y devotos, precisamente nuestra vida será conforme con las prescripciones de nuestro Dios que tanto nos ama, y porque nos ama infinitamente nos proporciona entre otros medios para salvarnos, el de la devoción pura y altamente justificada de María. Condensando, pues, estas ideas, yo me propongo, con el auxilio del Espíritu Santo, haceros entender para vuestra edificación, y principalmente para la gloria de nuestra excelsa Madre: que el misterio de la Coronación de María en los cielos es tan sublime, que nos con-

firma en el propósito de ser sus verdaderos devotos, y nos facilita los medios para perseverar hasta el fin; tanta es la gloria que el Señor ha concedido á su Madre Santísima despues que le ha dado posesion de su reino eterno: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¡Quiera nuestro Dios concedernos las gracias necesarias para meditar con provecho el asunto importante que dejo enunciado! su desenvolvimiento se debiera hacer por ministerio de los ángeles que asisten al trono de María, y no por mi torpe é impuro lábio. Con sobrado fundamento necesito los divinos auxilios que os ruego pidais conmigo, interponiendo el valimiento eficaz de nuestra bendita Madre, á quien interesaremos en nuestra súplica, saludándola con el Arcángel que le anunció para su excelsa gloria que seria Madre del Verbo eterno:

AVE MARÍA.

I.

Poderosos y mas que suficientes son, A. H., los motivos que tenemos para ser devotos de la Santísima Virgen María, aun hallándose entre nosotros sobre la tierra. Es María la figura mas grande y admirable, despues de Jesucristo Dios y Hombre verdadero, que ha honrado á la humanidad; exenta por singular privilegio de la mancha original, aparece en el mundo con todo lo que de sublime y bello tiene la criatura humana, y sin el menor lunar que pudiera mancillar su celestial brillo. Madre del Unigénito de Dios Jesus, Señor y Salvador de los hombres, ha eclipsado por esta sola dignidad las prerogativas mas preciosas de todas las mujeres mas célebres de la antigüedad, y de todas las que hayan de producir las generaciones de todos los siglos. Reina, y maestra y modelo de todas las virtudes, las ha ejercido todas en el grado mas eminente de perfeccion á que no han llegado los

santos de uno y otro testamento; y además ha recibido del cielo pruebas tan señaladas de predileccion, que hasta los ángeles que asisten ante el trono del tres veces Santo, han descendido de las inmensas alturas de gloria donde moran para acompañarla en cuerpo y alma á la presencia del Altísimo en la Jerusalem invisible, librándola de la corrupcion del sepulcro, y tributándola los mas distinguidos homenajes. En verdad que son estos motivos poderosísimos para interesar nuestra devocion hácia María, protestando con ella una vez para siempre que «el Señor, que es omnipotente y su nombre santo, ha hecho con esta singular criatura cosas grandes:» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* Empero como si algo faltara para confirmarnos en esta justa y bien merecida devocion, la piedad cristiana suficientemente autorizada nos habla de la Coronacion de nuestra benditísima Madre en los cielos, y en este misterio hallamos nuevos motivos para ratificarnos en nuestra legítima devocion por la elevacion sublime del trono á que ha sido sublimada y por la magnificencia de la gloria que se la ha dado, no dejando duda de que Dios ha desplegado con su Madre Santísima las infinitas liberalidades de su poder: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Cuando Moisés, A. H. M., fué encargado por Dios de sacar á Israel de la esclavitud de Egipto, le pidió que, disipada la oscuridad de la nube en que le hablaba, «le dejase ver su gloria:» *ostende mihi gloriam tuam.* Mas el Señor le respondió: «Yo te mostraré todo bien, yo te mostraré mi gloria solamente en aquella parte de que eres capaz en el estado en que al presente te hallas; porque no podrás ver mi rostro, y vivir, porque no me verá hombre y vivirá:» *non enim videbit me homo, et vivet.* Si tanta es la gloria del Señor que ella condensa todos los bienes, y que no es capaz de soportarla el hombre en el estado de viador, llegando á decir el Rey de los Salmos: «Los hijos de los hombres serán

embriagados de la abundancia de tu casa, Señor, y les darás á beber en el torrente de tu deleite, porque en tí está la fuente de la vida, y por tu lumbre, por la lumbre de tu gloria veremos la lumbre de tu cara y de tu esencia que toda es luminosa:» *et in lumine tuo videbimus lumen*; ¿cuál será el grado de gloria de los ángeles, espíritus purísimos que adoran siempre á Dios sin que les entorpezcan en esta adoracion los lazos de la carne miserable? Pues sabed, H. M., que la Santísima Maria ha excedido en gloria en el dia de su Coronacion en los cielos á la gloria de los ángeles, porque el trono en que se la coloca, no es un trono material, sino espiritual, su proximidad á la majestad de Dios es superior al trono de los ángeles; así lo ha dicho la Iglesia en el dia del triunfo, en el dia para siempre memorable de la Asuncion de María: «Exaltada ha sido la Santísima Madre de Dios sobre los coros de los ángeles al reino celestial:» *Exaltata est Sancta Dei genitrix super choros angelorum ad caelestia regna.*

¿Habeis pensado, A. M., lo que significa esa exaltacion del trono de María sobre el trono de los ángeles de Dios? Pues sabed que el último de estos ángeles posee un grado de gloria digno de un ángel dichosísimo, un grado de gloria que la inteligencia no puede comprender. Por encima de este ángel existe otro, y otros ciento, y otros cien mil, y otros miles de miles hasta completar los nueve coros de ellos, distribuidos en tres gerarquías, á saber: en la primera los serafines, los querubines y los tronos; en la segunda las dominaciones, las virtudes y las potestades, y en la tercera los principados, los arcángeles y los ángeles. Imaginaos, pues si os es posible, un grado de gloria, un aumento de esta gloria celestial en cada uno de estos espíritus purísimos, y con estos grados id formando una escala admirable; y cuando hallais llegado al último, al mas alto de todos estos grados, aun no habreis encontrado el trono de María, el grado de gloria excelsa á

que ha sido elevada esta Santísima Señora, porque Ella se encuentra á mayor altura, «ha sido exaltada en el dia de su Coronacion por encima de todos los coros de los ángeles:» *exaltata est sancta Dei genitrix super choros angelorum ad caelestia regna*; y entonces comprendereis algo de lo mucho que el Señor Dios nuestro ha obrado por María en la esfera de lo grande, admirable y maravilloso: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

A la elevacion del trono de María Santísima en su Coronacion en los cielos, que tanto debe robustecer nuestra devocion á la Madre de Dios, tenemos que agregar la magnificencia de su gloria. ¡Ah! el evangelista de Patmos «á quien se revelaron los secretos del cielo,» segun nos dice la Iglesia, nos puede hablar de la gloria de María, porque él fué quien en misterioso éxtasis vió á esta Mujer extraordinaria vestida del sol como de un manto real, y de un traje de gloria: *mulier amicta sole*; «y como esta maravillosa vision le fué manifestada despues de la Asuncion de la Santa Virgen, dice un escritor, no hay que dudar que esto no fué en su misma persona, sino que él la vió en el pleno dia de su gloria. Pero esta grande luz que la rodeaba en forma de vestido, no era el sol material que alumbra la tierra, sino otro mucho mas esclarecido sin comparacion; y que puede pensarse que es aquella luz de la gloria de que nos hablan los teólogos, cuando nos dicen que la criatura no puede ver á Dios si no está elevada por encima de su condicion natural, y que, aunque la esencia divina sea muy visible por sí, porque es una luz infinita; sin embargo, así como nuestros ojos no tienen la virtud de mirar cara á cara al sol en pleno meridiano, es imposible á todo espíritu criado ver claramente la esencia de Dios en la magestad de su gloria, por sola su virtud natural.»

Yo bien sé, A. M., que se ha dicho de algunos justos, como son los que han sido verdaderamente sábios, y que en-

señan á otros que «brillarán en el cielo como la luz del firmamento, y como estrellas por toda una eternidad:» *quasi stellæ in perpetuas æternitates*, como leemos en Daniel. Pero cuando se nos dice que María está toda vestida del sol: *mulier amicta sole* ¿no es para hacernos entender que Ella es en el cielo de la gloria lo que es el sol en el cielo del mundo visible? Los demás santos y ángeles no son sino estrellas que cada una tiene por su parte una porcion de luz. Pero la Santísima Virgen es el sol en el gran día de la eternidad, pues toda la luz de las estrellas reunidas no puede compararse con la del sol; y esto está conforme con lo que ha dicho San Gerónimo: «todos los demás bienaventurados tienen alguna parte de la gloria que se halla en Cristo, pero toda su plenitud ha sido dada á María sin disminucion alguna, porque la gloria corresponde á la gracia: *cæteris per partes, in Mariam vero totius gloriæ quæ in Christo est, plenitudo venit*. Sin que por esto se crea queremos dar á entender que María es el sol y que brilla con su propia luz, porque Ella no es Dios, sino que está vestida del sol. Empero así como el vestido que cubre todo el cuerpo no es producido por el cuerpo mismo, sino que le viene de afuera; pero que sin embargo se ajusta y amolda al cuerpo de tal manera, que el vestido no es mas grande que el cuerpo; así el sol de la gloria de Jesucristo que circunda y viste á María no es mas grande que esta Señora; porque toda la plenitud de la gloria que hay en Cristo Jesus, está en María rodeándola como un magnífico y esplendente vestido: *in Mariam totius gloriæ quæ in Christo est, plenitudo venit*. ¡Oh! ¡bellísima hermosura de las hermosuras! diré á este propósito con Gregorio de Nicomedia: ¡*Oh pulcherrima pulchritudo pulchritudinum!* ¡Oh! Madre de Dios, supremo ornamento de todas las cosas mas bellas! ¡*Oh Dei genitrix pulchrorum omnium summum ornamentum!*

Estos son sin duda, A. M., aquellos misterios estupendos

que el ojo del hombre no vió, y que su inteligencia no puede comprender. Porque el eterno Padre ha coronado á María de su poder; el Hijo la ha coronado de su sabiduría; el Espíritu Santo la ha coronado de su bondad y de su amor; porque María es la esposa agraciada del Espíritu Santo. María es la Madre querida del Hijo de Dios. María es la Hija dichosísima del eterno Padre. María fué en la tierra el santuario viviente de la Trinidad augusta y divina, y la Trinidad divina la coloca en lugar preferente á todos los santos, y á todos los ángeles en el santuario admirable de los cielos, en el tabernáculo de esplendente é increada luz donde Dios eternamente habita. ¿Qué mayores maravillas ha podido obrar con esta Señora Aquel que es poderoso en los cielos y en la tierra, y cuyo nombre entraña la idea, y es el único manantial de toda santidad? *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

Meditad ahora, A. H. M., en toda su estension, y en todo su valor, si os es posible, el misterio glorioso de la Coronacion de María en los cielos como motivo mas que suficiente para confirmarnos en nuestra devocion á esta Señora, Madre del amor hermoso y Reina de todos los santos; y á la vez consideremos que este misterio nos facilita los medios para perseverar hasta el fin, que es el objeto de la segunda reflexion que os propuse.

II.

¿Quién de vosotros, M. A. H., despues de haber asistido á la Coronacion de la Santísima Virgen María en los cielos, no ha sentido un deseo vehemente por acompañar á esta Señora en esa morada de los goces infinitos? Porque vosotros